

# La contrarrevolución en Irán y su impacto en la región

*Rosa Meneses*

*Periodista especializada en información sobre Oriente Medio del diario El Mundo*



Tres décadas después del advenimiento de la República Islámica, la sociedad iraní se enfrenta hoy a un profundo desafío: redefinir el papel del guía supremo como jefe del Estado absoluto y desacelerar la militarización de la cúpula del poder. Tras las elecciones presidenciales de 2009, el movimiento reformista irrumpió en la escena política con nuevos bríos, recogiendo el testigo de una lucha histórica por un Estado de derecho. Siendo la contestación política más importante que se produce en Irán desde el triunfo de la revolución de Jomeini, en 1979, la llamada “revolución verde” no es, sin embargo, una contrarrevolución. La oposición no pretende abolir el actual sistema, sino devolverlo a su esencia democrática y republicana. Las manifestaciones populares han alterado el orden político interno pero también las dinámicas diplomáticas de la esfera internacional. Además, tienen un gran potencial para ejercer un impacto en los países musulmanes, donde miles de jóvenes e intelectuales se identifican con la aspiración de abrirse al mundo, liberarse de la corrupción de las élites y ejercer sus derechos civiles.

## El *momentum* aperturista

El 12 de junio de 2009 los iraníes acudieron a votar un nuevo presidente. El ultraconservador Mahmud Ahmadineyad se presentaba a la reelección. Tenía dos rivales importantes: Mir Husein Musavi, quien fuera el último primer ministro del país antes de que desapareciera el cargo en 1989, y Mehdi Karrubi, político reformista que fue presidente del Parlamento. Ambos eran hijos del sistema y lejos de estar al margen de él, seguían comprometidos desde dentro. Por ejemplo, Musavi, aunque en sus años como primer ministro se había enfrentado al entonces presidente, Ali Jamenei, era desde 1997, miembro del Consejo de Discernimiento.

La campaña estuvo marcada por una amplia movilización social a favor del cambio. Los comicios registraron un alto índice de participación: el 85%, lo que de nuevo presagiaba una victoria de Musavi o, como poco, una reñida segunda ronda. Sin embargo, los resultados facilitados por las autoridades dieron como ganador a Ahmadineyad con un 64% de los votos. El anuncio generó una amplia protesta en los sectores reformistas, que sospecharon del extraño incremento de votos de Ahmadineyad con respecto a las pasadas elecciones (Chatham House, 2009). Miles de personas salieron a la calle para denunciar el fraude masivo y apoyar a Musavi, a quien consideraban el legítimo ganador de los comicios. El otro candidato derrotado, Karrubi –que a su vez contaba con el apoyo del ex presidente reformista Mohamad Jatami–, se puso del lado de Musavi, alentando y amplificando un movimiento de protesta que, a medida que pasaban las semanas, iba evolucionando hacia una contestación general por medio de la que se expresaba el descontento hacia un régimen cada vez más restrictivo.

La oposición fue ganando *momentum* y comenzó a adoptar símbolos como el color verde, el color del islam, para ganar legitimidad. La llamada “revolución verde” remitía a la primavera de Praga, a una nueva “revolución de terciopelo”, o –más cerca en el tiempo y en el espacio- a la “revolución de los cedros” de 2005, con la que los libaneses se sacudieron del dominio sirio. Pero también recordaba a otras revoluciones coloristas que los países de la gris era postsoviética vivieron en la primera década de este siglo, como la “revolución naranja” en Ucrania. Muchos expertos afirman que lo que ocurre en Irán es similar a lo que ocurrió en las repúblicas ex soviéticas, recordando que tanto la extinta URSS como la República Islámica son regímenes ideológicos.

Cumpliendo los vaticinios de que Teherán podría convertirse en un nuevo Tiananmen (Meneses, 2009a), las autoridades reprimieron sin vacilaciones las muestras de protesta. Hubo más de 70 muertos (según cifras de la oposición) y arrestos masivos de jóvenes manifes-

*La oposición no pretende abolir el actual sistema, sino devolverlo a su esencia democrática y republicana*

tantes que sufrieron violaciones y torturas en los centros de detención<sup>1</sup>. La prensa reformista fue amordazada: se cerraron medios de comunicación y se detuvo a destacados informadores. Las autoridades prohibieron informar incluso a los periodistas internacionales. Los *basiyi*—la milicia de voluntarios a favor del régimen— se encargaron de reprimir las manifestaciones en las calles y de acosar a los estudiantes que osaban elevar su voz contra el *statu quo*. La violencia del régimen fue brutal. Una joven, Neda Agha Soltan, murió de un disparo en una protesta y se convirtió en el símbolo de una juventud reprimida con medios violentos por pedir a sus líderes un atisbo de democracia. Su imagen agonizando en el suelo dio la vuelta al mundo y se convirtió en icono de la “revolución verde”.

Pese a la brutal represión, el régimen no fue capaz de acallar las protestas. El movimiento, aún así, pareció perder algo de fuerza a medida que avanzaba el otoño y las autoridades apuntaban cada vez más cerca de las cabezas visibles de la oposición. Los colaboradores directos de Karrubi, Musavi y Jatami eran detenidos y juzgados en un proceso masivo. Las autoridades pusieron especial cuidado en no descargar su ira directamente contra los líderes políticos, pues esto dispararía las protestas, pero sí supo limitar su capacidad de movimiento.

Sin embargo, la muerte del gran ayatolá Husein Ali Montazeri—cuyas ideas han inspirado a los reformistas durante décadas— dio un nuevo impulso a la oposición para volver a salir a la calle. Como la muerte de Neda, el fallecimiento de Montazeri (aunque por causas naturales) proporcionó nuevos bríos a los manifestantes (Meneses, 2009d). El día de su funeral, el 20 de diciembre de 2009, y sobre todo la conmemoración de la Ashura<sup>2</sup>, el 27 de diciembre, que coincidió con el séptimo día de duelo por el anciano enturbantado, supusieron una nueva fase para el movimiento, que se extendió por todo el país, a las pequeñas localidades del interior y las principales capitales iraníes, y que ganó adeptos más allá de la juventud urbana.

Durante la conmemoración del 31º aniversario de la proclamación de la República Islámica, el 11 de febrero de 2010, asistimos a un aumento de la represión sin precedentes que consiguió amordazar las protestas en la calle. El masivo despliegue de *basiyi* y la movilización de miles de personas para apoyar los actos oficiales en la plaza Azadi de Teherán impidieron que la oposición desafiara de nuevo al régimen. Karrubi, Musavi y la esposa de éste, la prestigiosa artista Zahra Rahnavard, fueron golpeados. El hijo de Karrubi y sus alle-

<sup>1</sup> Meses más tarde, en enero de 2010, se ejecutó en la horca a dos hombres, detenidos durante las protestas y juzgados. El régimen prometió más ejecuciones.

<sup>2</sup> La Ashura recuerda la masacre del nieto del profeta Mahoma, Husein, y 72 partidarios en la ciudad iraquí de Kerbala en el año 680, a manos de los omeyas. En la batalla se enfrentaban los aliados del califa Yazid—suníes— y los del hijo de Ali, a quien los chiíes consideran el verdadero sucesor de Mahoma.

*La contestación se ha manifestado de múltiples formas, algunas de ellas verdaderamente creativas e imaginativas que han roto los tabúes sociales*

gados fueron detenidos. El Gobierno dio un paso más allá y descargó toda su ira directamente contra el liderazgo reformista. No hubo prensa internacional ni los reformistas pudieron apoyarse en internet y las redes sociales como Facebook o Twitter (hasta entonces, una de las claves de su éxito) para difundir imágenes y expresarse. Con el movimiento reformista debilitado en las calles, el régimen se erigió en ganador del último pulso con la oposición. La *línea dura* del guía supremo se ha visto reforzada, pero la crisis política no se limita a las protestas en la calle y los reformistas han llevado su disensión a todos los ámbitos de la sociedad iraní, incluidos el laboral, el económico, el cultural y el artístico. A un año vista, los líderes reformistas instaron a sus simpatizantes a nuevas movilizaciones el 12 de junio de 2010: un test crucial para medir la fuerza de la disidencia iraní frente a la implacable represión del régimen.

De junio a diciembre de 2009, el movimiento opositor fue ganando en amplitud. A los estudiantes burgueses de Teherán y las mujeres se unieron la clase media, que incluye a funcionarios con cierto nivel educativo, los artistas e intelectuales y también los hombres de negocios. Estudiantes, funcionarios y comerciantes ejercieron un papel clave en las protestas que acabaron con la dictadura del sha Reza Pahlevi en 1979. Sin embargo, las manifestaciones prendieron débilmente entre los desheredados. De su habilidad para extenderse a la población más pobre<sup>3</sup> dependía su capacidad para provocar respuestas por parte del régimen. Aunque la rebelión política ha sembrado el camino para que en Irán se produzcan cambios importantes, Jamenei sólo reaccionaría si los más humildes se unían a la “revolución verde”. Aunque de momento no ha ocurrido, esto significaría la pérdida de legitimidad del régimen a través de la percepción de que su mensaje de “justicia social” (Taheri, 2009, 318-319) y su promesa de mejorar la vida de los pobres se ha incumplido.

La contestación se ha manifestado de múltiples formas, algunas de ellas verdaderamente creativas. Además del uso innovador de las nuevas tecnologías y de las redes sociales para difundir sus mensajes y contrarrestar la censura, la oposición ha recurrido a imaginativos pronunciamientos que han roto tabúes sociales (Mir-Hosseini, 2009). Esta forma de expresar el disenso que tiene la sociedad iraní muestra hasta qué punto las protestas no están coordinadas y muchas veces se producen como actos individuales. Ello nos lleva a una de las características del movimiento verde: la ausencia de un liderazgo único y concreto. Musavi, Karrubi y Jatami, sometidos a la vigilancia de las autoridades y cuyos medios han sido amordazados, han restringido al máximo sus intervenciones públicas y sólo se pronuncian mediante comunicados difundidos por Internet. Las protestas del Día de

<sup>3</sup> Más del 40% de los 70 millones de iraníes viven por debajo del umbral de pobreza, comparado con el 27% existente antes de que Jomeini llegara al poder. La brecha entre ricos y pobres se ha agrandado. El PIB de España es cuatro veces mayor del de Irán.

Jerusalén y las que tuvieron lugar durante la conmemoración de los 30 años de la toma de la embajada de Estados Unidos en Teherán, por ejemplo, fueron organizadas por bloggers, defensores de los derechos humanos o movimientos feministas.

Esta descentralización del liderazgo puede ser una debilidad, ya que es difícil mantener una estrategia sin poseer una dirección clara. También aleja de la calle a Musavi, Karrubi y Jatami. Sin embargo, en las condiciones actuales –frente a la apabullante maquinaria represiva del poder– aparece como un rasgo fortalecedor, pues la eventual detención o muerte de alguno de sus líderes no restaría capacidad de movimiento a la disidencia.

El movimiento verde es, además, una coalición heterogénea que engloba tendencias políticas muy dispares –desde reformistas hasta conservadores pragmáticos, moderados o liberales–. Todas estas facciones ven los problemas de Irán desde prismas muy diferentes, lo que puede hacer variar los objetivos del movimiento a largo plazo. Estas visiones contrapuestas de lo que debe ser el *nuevo Irán* y la desconexión entre la línea política y la población son precisamente los elementos que pueden provocar la disolución del movimiento a largo plazo.

### **Una revolución sin utopías**

Las protestas que han enturbiado los 30 años de Revolución Islámica surgieron de forma espontánea e improvisada. Es cierto que existía un poso de desencanto y que la reelección de Ahmadineyad prendió fuego a los rescoldos del descontento latente entre la población iraní. Sin embargo, si Musavi –el candidato que según todos los pronósticos iba a hacerse con la Presidencia– hubiera ganado las elecciones probablemente no hubiera desafiado el orden político (Clawson, 2010; 5), sino que hubiera intentado resolver la crisis interna y externa mediante ligeros toques y el proceso de cambio hubiera sido más sereno.

El movimiento popular tenía pocas pretensiones al principio y estaba dispuesto a circunscribirse a los estrechos confines dictados por el guía supremo. Sin embargo, una vez en la calle y enfrentados al despotismo de Ali Jamenei, los reformistas comenzaron a agrandar los márgenes de sus reivindicaciones.

Si en sus primeras semanas de vida, la “revolución verde” exigía la revisión del proceso electoral (“¿Dónde está mi voto?” era la principal consigna) y centraba sus críticas en Ahmadineyad y su catastrófica gestión, en los siguientes seis meses las protestas fueron evolucionando hasta volverse más radicales en sus planteamientos y directas en su confrontación contra el régimen. El movimiento sufrió un

proceso gradual hasta apuntar al guía supremo de Irán, el ayatolá Jamenei. Se empezó a desafiar, por tanto, el pilar básico del régimen islámico, la máxima autoridad del Estado hasta entonces protegida por un aura sagrada. La legitimidad de Jamenei ha quedado en entredicho y los gritos de “¡Muerte al dictador!” que a finales de los 70 se dirigían contra el sha Reza Pahlevi volvieron a las calles durante la conmemoración de la Ashura para ser entonados contra el líder supremo. Los manifestantes pronunciaron por primera vez el eslogan “¡Muerte a Jamenei!”. Se abrió la veda para criticar al hasta entonces líder intocable. Explícitamente, los reformistas cuestionan su papel y sus ilimitados poderes.

En el centro del debate sobre la figura del guía supremo está su excesiva concentración de atribuciones. Bajo la égida de Jamenei –el sucesor del imam Ruholá Jomeini a su muerte, en 1989– el régimen iraní se ha militarizado. Lo que es ahora la base sobre la que descansa toda la estructura política de la República Islámica difiere mucho de la arquitectura del *velayat-e-faqih* (el gobierno de los jurisconsultos) construida por Jomeini y el gran ayatolá Ali Husein Montazeri. En las últimas semanas de 2009, algunos sectores de la oposición comenzaron a reclamar una república iraní en vez de una república islámica.

Pese a todo, la “revolución verde” no es una contrarrevolución. El movimiento no pretende abolir el actual sistema sino que su intención es devolverlo a su esencia. Los reformistas –ampliamente secularizados– han legitimado hasta ahora sus reivindicaciones enarbolando los símbolos de la República Islámica –su principal consigna es “¡Alá es grande!”– y remitiéndose a la figura de Jomeini.

El sistema jomeinista, por tanto, no está en cuestión. De hecho, la amplia mayoría de los iraníes respaldan su actual modelo de Estado, según una encuesta independiente elaborada por WorldPublicOpinion.org (Kull, 2009). El debate que plantea la oposición es el de la redefinición de las funciones de las estructuras del Estado y cómo hacerlas más transparentes. Las reivindicaciones no son nuevas y entroncan con el debate que ya surgió durante el primer gobierno postrevolucionario: si hay que dar prioridad al Estado o a la revolución. En esencia, cuál de los componentes del Estado debe primar sobre el otro: el islámico o el republicano. Un debate que provocó muchas bajas políticas: Bani Sadr, el propio gran ayatolá Montazeri, entre otros.

La actual oposición ha entrado ya en la fase de reivindicar el cambio del régimen teocrático por una república democrática. “Lo que es nuevo en este movimiento es que es el primer movimiento democrático de masas de Oriente Medio que es anti-islamista, que no se nutre de ninguna utopía religiosa, que está fundamentado en su núcleo duro sobre una secularización profunda de la sociedad y que busca

*La actual  
oposición ha  
entrado ya en la  
fase de reivindicar  
el cambio del  
régimen teocrático  
por una república  
democrática*

no una 'ciudad celestial', sino un Estado de derecho. Ha rehusado la violencia hasta el presente y quiere construir una nueva sociedad sobre las ruinas del islamismo político. Su punta de lanza son los estudiantes (3,5 millones) que forman al menos el 10% de la población adulta del país" (Khosrokhavar, 2010). Otros expertos (Clawson, 2010; 6) han señalado estas peculiaridades poniendo énfasis en que la "revolución verde" es el primer movimiento popular en Irán desde 1870 en el que los clérigos no son los actores centrales.

La exigencia de un Estado de derecho ya se dejaba sentir en la movi-  
lización que las mujeres iraníes vienen protagonizando desde hace  
años y más intensamente en el primer mandato de Ahmadineyad  
con iniciativas como la campaña "Un millón de firmas", que promue-  
ve la igualdad de hombres y mujeres ante la ley. El objetivo es cons-  
truir un espacio público de equidad a salvo de la rigidez y la censura.  
"En la exigencia de la construcción de un 'Estado de Derecho' existe  
un deseo de acabar con la tutela permanente que, por definición, sig-  
nifica el 'Velayat', al deseo de ser tratados como adultos. De ahí que  
las reivindicaciones, incluso las triviales de la juventud, que ha logra-  
do una presencia social importante, adquieran inmediatamente un  
carácter político. La sociedad busca un Estado de derecho que la pro-  
teja de la arbitrariedad y la permita ser tratada como mayor de edad"  
(Merinero, 2007: 267).

Estas reivindicaciones *históricas* de la sociedad iraní entroncan con la  
actual "revolución verde". En un manifiesto firmado a primeros de  
2010 por cinco figuras de la intelectualidad iraní en el exilio<sup>4</sup>, se dibu-  
jan las líneas maestras de la reforma del actual sistema. Su más sig-  
nificativa visión es la que concierne al papel que en el futuro deberá  
ejercer el guía supremo, el puesto que ocupa Jamenei –"el guardián  
despótico", como se lo califica en el manifiesto–. Según sugieren, Irán  
retendrá la figura del líder de la revolución, pero será sujeta a eleccio-  
nes por un tiempo prefijado y perderá su derecho a bloquear las legis-  
laciones votadas en el Parlamento a través del Consejo de  
Guardianes, así como el privilegio de nombrar al fiscal general del  
Estado. Su función se parecería más a la "versión enturbantada del  
monarca constitucional" que los demócratas iraníes pintaron cuando  
el país ganó su primer Parlamento, en 1906 (The Economist, 2010).  
Además, exigen la independencia de la Justicia y la prohibición de que  
las fuerzas de seguridad (léase la Guardia Revolucionaria) intervengan  
en la política, la economía y la cultura. En este sentido iban también  
las últimas declaraciones de Musavi, quien en vísperas del 31º aniver-  
sario de la instauración de la República Islámica atacó la "dictadura en  
nombre de la religión" y se refirió a su "continua actitud tiránica",

<sup>4</sup> Se trata de Abdolkarim Soroush, Mohsen Kadivar, Ataollah Mohajerani, Akbar Ganji y Abdolali Bazargan. Todos ellos son destacadas figuras de la disidencia: Soroush es un teólogo reformador conocido como 'el Lutero iraní'; Kadivar es un clérigo discípulo del gran ayatolá Montazeri; Mohajerani es un ex ministro a quien Jamenei despojó de su cargo; Ganji es un periodista disidente que fue encarcelado entre 2000 y 2006; Bazargan es un pensador, hijo del jefe del primer gobierno de la República Islámica.

manifestada en el abuso del poder judicial y legislativo. Musavi expresó lo que muchos intelectuales y disidentes vienen criticando del actual régimen: que las raíces del despotismo en Irán lo emparentan con la era monárquica. “No creo que la revolución haya conseguido sus objetivos”, sentenció.

### **Contradicción y resistencia en los orígenes de la República Islámica**

La “revolución verde” movilizó una gran masa de iraníes a partir de las elecciones presidenciales de 2009, pero en realidad las raíces de esta movilización se entroncan con un movimiento reformista que fluye desde el propio origen de la República Islámica y que es palpable desde 1997. Las reivindicaciones de 2009 reflejan la madurez de la sociedad civil iraní y son la expresión de su voluntad democrática. Como señala la profesora María Jesús Merinero, la dinámica entre religión y política recorre toda la historia de la República Islámica (Merinero, 2007; 28-29). La teoría del *velayat-e-faqih* (el gobierno de los juriconsultos) introducida por Jomeini supone la primacía del liderazgo sobre la *sharia* (ley islámica): es el gobierno quien adquiere preeminencia sobre las leyes del Corán; es el guía supremo, encarnado por una persona cuya autoridad es conferida por sus conocimientos profundos de los fundamentos islámicos, quien vela por la aplicación de la *sharia*. Esta concepción cuasiplatónica de la política (Jatami, 2008) es el origen del debate sobre la dualidad de la República Islámica: por un lado se observa una legitimidad islámica y por otro, una legitimidad democrática.

La muerte de Jomeini en 1989 provocó una crisis institucional. Su delfín, el gran ayatolá Ali Montazeri, fue relegado del *trono* sucesorio entre otras cosas por abanderar un *velayat-e-faqih* que observara los asuntos del Estado sin interferir en ellos y por abogar la total separación entre religión y política. En su lugar, Ali Jamenei fue encumbrado al puesto de guía supremo, pese a no poseer las credenciales necesarias en ese momento. Consciente de su debilidad, comenzó a concentrar poderes, empezando por la supresión del cargo de primer ministro (precisamente Mir Husein Musavi fue el último en ocuparlo) en 1988.

No es extraño que Montazeri –fallecido el pasado 19 de diciembre– haya ejercido como *líder espiritual* de los reformistas desde que fuera relegado de la jefatura del Estado. Su enfrentamiento con Jamenei –más tarde, otro reformista pragmático como Rafsanyani también se enemistaría con él– encarna la lucha de esas dos facciones con visiones contrapuestas sobre el modelo de Estado. En 1997, Jamenei ordenó que Montazeri fuera puesto bajo arresto domiciliario en

*La exigencia de un Estado de derecho ya se dejaba sentir en la movilización que las mujeres iraníes vienen protagonizando desde hace años*

Qom, el *vaticano* de los chiíes. En 2003, ya bajo la presidencia de Jatami, le fue levantado el castigo, aunque el gran ayatolá decidió permanecer en su aislada residencia. Siguió, sin embargo, criticando “la concentración de poder en una sola persona” (Meneses, 2009c) y demandando la reforma de la Constitución –que él mismo había ayudado a redactar– para limitar las prerrogativas del guía supremo.

En la última mitad de 2009, redobló sus esfuerzos críticos y se alineó con la “revolución verde”, lanzando una *fatwa*<sup>5</sup> que rechazaba los resultados de las elecciones. “Cualquier sistema político basado en la fuerza, la opresión, el cambio de los votos del pueblo, el asesinato, los cierres, los arrestos y el uso de torturas medievales y estalinistas, la represión, la censura de periódicos, la interrupción de los medios de comunicación de masas, el encarcelamiento de los intelectuales y la élite de la sociedad por falsas razones forzándoles a realizar falsas confesiones en prisión es ilegítimo y está condenado”, afirmó (Clawson, 2010).

Después de tres décadas de revolución jomeinista, en los últimos tiempos ha cundido el desencanto. La sociedad está acuciada por una grave crisis económica. Desde los tiempos de la guerra contra Irak (1980-1988), la población sufre el racionamiento de comida y gasolina. La ideologización del régimen y su retórica contra el enemigo muestran signos de fatiga entre los iraníes. Pese a los momentos de esperanza que propició la presidencia de Jatami (incluso si sus reformas se vieron boicoteadas por Jamenei), la crisis interna de la República Islámica se vio agudizada con las elecciones de 2005 y su giro involucionista. La llegada al poder de los ultraconservadores ha supuesto grandes recortes a las libertades públicas. “Es en esta situación de crisis política, económica, social y cultural –iniciada en los años 90– en la que emerge el movimiento postislamista” (Merinero, 2007; p. 31).

Por tanto, la actual “revolución verde” bebe de las ideas fuertemente implantadas sobre democracia y reformas económicas que definen la política iraní de estos años. Las protestas más o menos masivas han ido aflorando durante todo este tiempo, si bien las manifestaciones de 2009 son las únicas que parecen haber superado los duros obstáculos impuestos por el régimen. Si en el movimiento que surgió en los noventa –bajo el mandato de Jatami–, los manifestantes en la calle nunca excedieron los 100.000, las protestas postelectorales de 2009 fueron seguidas por más de tres millones de personas, según manifestó en su momento el alcalde de Teherán, Mohammad Baqer Qalibaf.

---

5 Decreto religioso. Los ayatolás tienen la facultad de emitir *fatwas*.

Las propias contradicciones sobre las que se yergue la República Islámica –una teocracia que coexiste con prácticas semidemocráticas y una cultura moderna y secularizada de clase media que convive con un pueblo que aún confía en Jomeini y su legado (Nasr, 2006; 212)– hacen posible los resquicios por los que fluctúa el movimiento reformista. La paradoja de la sociedad iraní es que las ideas de modernidad son tan fuertes como las de tradición y conservadurismo.

Por otro lado, la propia esencia del chiísmo, la rama del islam mayoritaria en Irán, ha ido conformando el actual sistema reinante en el país. Desde que los tiempos de la dinastía safávida, la jerarquía religiosa chií ha formado parte del sistema del Estado. Como sucesores del duodécimo imam, los ulemas chiíes siempre han gozado de un estatus espiritual entre los creyentes, algo que sus homólogos suníes no han tenido. Los ulemas suníes son funcionarios religiosos, versados en teología, pero no muy diferentes del resto de la comunidad de creyentes. Los chiíes, reverencian a sus sabios no sólo por su conocimiento sino por su vínculo con el duodécimo imam, al que representan en la Tierra (Nasr, 2006; 63-80). Los ulemas chiíes son primordialmente juristas que interpretan las leyes coránicas, pero también atienden los asuntos espirituales amén de las necesidades políticas y sociales de la comunidad.

*La paradoja de la sociedad iraní es que las ideas de modernidad son tan fuertes como las de tradición y conservadurismo*

### **El golpe silencioso de la Guardia Revolucionaria**

Más que una revolución aperturista, lo que en realidad se ha producido en Irán este último año es la manifestación de un golpe de Estado silencioso de la Guardia Revolucionaria. Jamenei, pues, no es más que el *rehén* político de este cuerpo militar. Un estudio del *think tank* estadounidense RAND evidencia que el ejército ideológico del régimen ha ganado terreno político en los últimos años. “En el último decenio, los Guardianes de la Revolución han obtenido la primacía utilizando como palanca política y económica el acento puesto cada vez más en las cuestiones de seguridad”, subraya el análisis. Este es, pues, el mayor cambio que ha vivido Irán en los últimos años. Cambio que se refuerza a medida que el régimen depende de los *Pasdarán* para reprimir la disidencia.

Los *Pasdarán* (en farsi, guardia) son una organización militar creada por el ayatolá Jomeini poco después de su ascenso al poder en 1979. Desde su fundación como garante de la Revolución Islámica ha evolucionado hasta convertirse en una fuerza con influencia no sólo política, sino económica y social. Como estamento armado, es la élite militar iraní: cuenta con 125.000 hombres, principalmente tropas de tierra aunque también navales. En tamaño, sólo está por debajo del Ejército regular (Artesh), que recibe menos recursos que los

Guardias. De los *Pasdarán* dependen los *Basiyi*, la fuerza paramilitar creada como milicia popular fuertemente ideologizada.

Los *Pasdarán* han diversificado sus posesiones en el sector económico: poseen industrias estratégicas y servicios comerciales que van desde el sector energético hasta la manufactura de vehículos o empresas farmacéuticas. Sus tentáculos se extienden a través de medios de comunicación (webs y periódicos), organizaciones de ayuda humanitaria, desarrollo de infraestructuras rurales, universidades y sindicatos estudiantiles. Su pujanza económica se materializa en cuentas en Suiza y chalés de lujo en la costa del Caspio.

Marginada durante la presidencia de Ali Akbar Hashemi Rafsanyani (1989-1997), la Guardia Revolucionaria emergió como fuerza política durante la era de Mohamad Jatami (1997-2005), como aliada de los conservadores en su lucha por desplazar a los reformistas del poder. A partir de 2005, su presencia comienza a ser particularmente poderosa en el sistema político iraní. Las semillas de este golpe silencioso fueron plantadas con la elección de Ahmadineyad, que contó con el apoyo de los Guardias. La base de sus seguidores está apuntalada por los miembros más humildes de los *basiyi*. El desencanto con el estilo de gobernar de los clérigos había ido en aumento y la razón principal estriba en la elevada corrupción. Mientras para los jóvenes urbanos –políticamente muy activos– el clero representa la rigidez del sistema islámico, para las clases rurales más humildes los mulás son la cara misma de la corrupción: lo que traducido al mundo material significa escuelas sin construir, carreteras sin asfaltar y promesas de desarrollo en saco roto.

Esta hostilidad afloró en la carrera presidencial de hace cinco años y tomó la forma de derrota para el ex presidente Rafsanyani, un influyente y adinerado clérigo recordado por sus inacabables casos de nepotismo y corrupción. Ahmadineyad, antiguo alcalde de Teherán sin credenciales religiosas y ex oficial de la Guardia Revolucionaria, fue aupado al poder con el apoyo de los *Pasdarán* y del propio ayatolá Jamenei. El nuevo presidente apuntaló su *trono* promocionando a sus compañeros de armas: 14 de los 21 ministros de su primer Ejecutivo habían pertenecido a los *Pasdarán* o los *basiyi* (Pletka y Alfoneh, 2009). Además, muchos parlamentarios y miembros de la administración local y regional proceden también de las filas de los Guardias Revolucionarios. Desde esta atalaya, la Guardia Revolucionaria fue extendiendo su influencia posicionando a sus miembros en los gobiernos provinciales, los medios de comunicación, la cultura, los negocios... Comenzó una gradual militarización de todas las esferas del poder que se confirma con la polémica reelección de Ahmadineyad en 2009. En el actual Gobierno, el ministro de Defensa, Ahmad Vahidi, el de Inteligencia, Hayder Moslehi, y el de Interior, Mostafa Mohammad Najar, son antiguos oficiales de los *Pasdarán*.

*El poder represivo del régimen se ha revelado brutal, evidenciando el giro del régimen hacia su militarización*

Desde las primeras manifestaciones masivas de 2009, las autoridades han hecho gala de toda su fuerza política y física para acallar las protestas, utilizando a los *basiyi* como brazo ejecutor. El poder represivo del régimen se ha revelado brutal, evidenciando el giro del régimen hacia su militarización. “En el cambio más dramático desde la revolución de 1979, Irán ha evolucionado desde el Estado teocrático hasta la dictadura militar” (Pletka y Alfoneh, 2009).

La Guardia Revolucionaria está en condiciones ahora de convertirse en un contrapoder para el propio líder supremo. Algunos analistas afirman que eso ya ha ocurrido y que el ayatolá no es más que un prisionero de la Guardia Revolucionaria (Bozorgmehr y Khalaf, 2009). El desafío de la disidencia le ha hecho más dependiente de los *Pasdarán*. Es el propio Jamenei quien se encuentra en una encrucijada: o su régimen sale fortalecido o es el principio del fin de su poder ilimitado. Una represión continua recalará abiertamente en un régimen dictatorial militar, mientras que un acuerdo con la oposición sobre sus demandas podría generar un gobierno semidemocrático. Jamenei, ha logrado mantenerse dos décadas como líder incuestionable y es ahora, en la etapa final de su mandato, cuando empieza a ser cada vez más incómodo. Sin embargo, nada de esto significa que el ayatolá esté a punto de caer. Mientras ninguna de las instituciones de peso le retire su apoyo, éste sobrevivirá.

Desde que emergió el movimiento verde, el Gobierno iraní se encuentra inmerso en una parálisis política, agravada también por las luchas internas. Los actores principales del sistema de poder han visto erosionada su autoridad a expensas de la Guardia Revolucionaria. Con Jamenei y Ahmadineyad fuertemente cuestionados, los clérigos y los tecnócratas han minimizado su presencia política en el aparato del Estado. Los *Pasdarán* se revelan como la fuerza más efectiva.

### **Reconciliación y debate sucesorio: escenarios**

La “revolución verde” ha seguido mostrando sus diferentes caras a medida que pasa el tiempo. No está claro hasta qué punto los líderes reformistas están coordinados y comparten una misma visión (Slackman, 2010). Además, la evolución ideológica de sus líderes evidencia cada vez más su alejamiento de la calle. Mientras los actos de protesta se radicalizaban, Karrubi y Jatami fueron adoptando un tono cada vez más conciliador y pragmático, quizás para ahorrar torturas a sus bases, que sufren una fuerte represión, mientras que Musavi siguió empleando una retórica más dura, hablando abiertamente de “dictadura” y “régimen tiránico”. A finales de enero de 2010, Karrubi y Jatami reconocieron explícitamente a Mahmud Ahmadineyad como jefe del Gobierno. Aunque manifestaron que siguen atribuyendo su reelección

al fraude electoral, entre sus reivindicaciones ya no está la de exigir la celebración de nuevas elecciones. Esta solución es muy improbable, pasado ya tanto tiempo. Esta solución se volvió muy improbable, a medida que pasaron los meses.

Este nuevo giro sigue las directrices ya marcadas por Musavi, quien coincidiendo con la entrada de 2010 ofreció a Jamenei un plan de cinco puntos para resolver la crisis política. Según Musavi, la confrontación quedaría resuelta si Ahmadineyad aceptaba la responsabilidad de sus actos ante el Parlamento y la nación y dejaba de esconderse bajo el ala del guía supremo. Exigía, eso sí, una ley electoral que posibilitara la organización de futuros comicios de forma libre y equitativa. También pedía la liberación de los prisioneros políticos y su rehabilitación en la sociedad, la libertad de prensa y la reapertura de los periódicos cerrados y el reconocimiento de los derechos de los ciudadanos, en especial, del artículo 27 de la Constitución, que les otorga el derecho a manifestarse.

La oferta de diálogo de los líderes reformistas al régimen refleja su voluntad de discutir sobre unas nuevas reglas del juego en la República Islámica, dentro de los márgenes permitidos por su legislación. Esta vocación conciliadora explica que hayan tendido la mano a Jamenei dejando de cuestionar a Ahmadineyad –quien se ha ido alejando del primer plano político– y dirijan sus críticas a otros líderes ultraconservadores que dirigen los hilos del poder entre bambalinas, como el ayatolá Mesbah Yazdi, el gurú de Ahmadineyad. Es el caso también del ayatolá Ahmad Jannati, un clérigo reaccionario que preside el Consejo de Guardianes, el órgano que se encarga de dar el visto bueno a los que podrán ser candidatos en las elecciones nacionales. Si realmente se reforma la ley electoral, como incluye la propuesta de Musavi, sin duda el funcionamiento de esta institución sería muy diferente del que ahora es<sup>6</sup>.

Centrar la atención en líderes como Jannati permite dar la oportunidad a Jamenei de colocarse de nuevo como árbitro político entre reformistas y partidarios de la línea dura del régimen. Una base de reconciliación implicaría que Jamenei acepte que Ahmadineyad no termine su segundo mandato –podría contemplarse la vía de que se le plantee al presidente un voto de no confianza en el Parlamento–, según proponen los aperturistas (Bozorgmehr, 2010).

Aunque las esferas del poder aún permanecen inmóviles a los esfuerzos de reconciliación, algunas figuras conservadoras ya han empezado a moverse en este escenario. Está por ver cómo el régimen supera la parálisis interna en la que está inmerso. Es patente su división, con dos expo-

<sup>6</sup> Bajo el último periodo de la Presidencia de Jatami y con Karrubi como presidente del Parlamento, se intentó, sin éxito, aprobar una ley que limitara la capacidad de vetar a los candidatos electorales del Consejo de los Guardianes de la Constitución, también llamado Consejo de Discernimiento.

*La oferta de diálogo de los líderes reformistas al régimen refleja su voluntad de discutir sobre unas nuevas reglas del juego en la República Islámica, dentro de los márgenes permitidos por su legislación*

nentes claros: por un lado, el enfrentamiento Rafsanyani-Jamenei y, por otro, el distanciamiento entre Ahmadineyad y la facción del presidente del Parlamento, Ali Lariyani. Tampoco está claro cuál puede ser la reacción a una negociación que tomarán las bases reformistas, que creen que la raíz del problema no es Ahmadineyad, sino el propio Jamenei y su concepción del *velayat-e-faqih*, ni cómo afectará a la unidad del movimiento. En todo caso, la oportunidad de revisar el papel del guía supremo como jefe del Estado vendrá, en un escenario contemplado a largo plazo, cuando se renueve el debate sucesorio. La salud de Jamenei, de 71 años, presenta ya los achaques propios de su edad e incluso a finales de 2009 corrió el rumor de que había muerto. No obstante, su muerte presentaría la oportunidad a la élite *Pasdarán* para apuntalar su primacía institucional y erosionar a sus rivales (VV.AA., 2009). El camino para conseguirlo es influir en el nombramiento de un guía supremo que garantice un punto de amarre a la Guardia Revolucionaria sin que se produzca una evidente ruptura en la Constitución.

Otro escenario dentro de la sucesión del guía supremo que contemplan los expertos de la RAND es el nombramiento de un líder de la Revolución no clérigo que –sin abandonar los preceptos del islamismo– ponga énfasis en la competencia tecnocrática y el progreso económico. Aunque eso equivaldría a un proceso de reforma sin precedentes en los ámbitos de la República Islámica. En otras palabras, el fin del *velayat-e-faqih* tal y como lo entiende Jamenei o quizás una institución emparentada con la que dibujaron Montazeri y los reformistas.

Una tercera vía vendría marcada por la creciente preocupación por la rigidez del régimen de los ultraconservadores y por la sangrante corrupción de los clérigos. Contemplaría la asunción del poder por parte de la propia Guardia Revolucionaria –adoptando quizá el modelo turco– con la promesa de limpiar la política y mejorar la economía. Más allá de todas estas conjeturas, las propias dinámicas de la sociedad iraní serán las que marquen el proceso a seguir.

Lo que es seguro es que la República Islámica sobrevivirá a las protestas postelectorales, aunque algunos expertos consideran que Irán está entrando en una situación prerrevolucionaria similar a la de 1978 (Clawson, 2010; p. 15). Sin embargo, para que se den las condiciones de un cambio de régimen han de confluir varios elementos: la pérdida de legitimidad del régimen, una ruptura importante en el seno del *establishment*, la emergencia de fuentes de autoridad moral alternativas y el rechazo de las fuerzas de seguridad de enfrentarse al pueblo para defender el sistema (Taheri, 2009; pp. 318-330). Algunas de estas precondiciones existen, pero es difícil saber cómo evolucionarán los acontecimientos<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> Cualquier pronóstico sólo será eso: expertos en varias regiones no han previsto una revolución de forma precisa en los últimos 200 años. Regímenes que se esperaba que fueran a colapsarse (Cuba, Corea del Norte) no lo han hecho y por el contrario no se han sabido pronosticar otros cambios dramáticos (como ocurrió con el estallido de la guerra civil libanesa o la caída del Muro de Berlín).

La dificultad estriba en las propias contradicciones del país, donde elementos semidemocráticos conviven con rasgos autocráticos. No obstante, sería posible una solución negociada si se produjera un compromiso entre la élite en el poder y las fuerzas de la oposición. Por el momento esto parece poco probable, dada la evolución del régimen hacia una autocracia cada vez más represiva, dirigida por la Guardia Revolucionaria.

### **Mirando al exterior: el dossier nuclear, las sanciones y el cambio de régimen**

La mezcla de un régimen militarizado en manos de la Guardia Revolucionaria y un Estado nuclear sería un escenario extremadamente peligroso para la escena internacional. Hasta ahora, Estados Unidos y la Unión Europea han permanecido en un discreto papel a la hora de criticar los abusos contra los derechos humanos y la violenta represión a los disidentes durante el último año. Las potencias occidentales se han visto incapaces de calibrar cómo pueden afectar estos acontecimientos a las negociaciones sobre el dossier nuclear. Es cierto que un Irán más democrático en manos de los reformistas ayudaría a resolver la crisis sobre el programa atómico iraní. Además, el carácter revolucionario quedaría en segundo plano, relegando la injerencia de Irán en los asuntos internos de países como Irak o el Líbano.

En este punto, es necesario tener en cuenta que las decisiones sobre política exterior descansan sobre el guía supremo (Ganji, 2008) y no sobre el presidente. Por eso, mientras Jamenei ostente este cargo, es difícil que la política exterior iraní cambie aunque haya un nuevo presidente. Entre las competencias del ayatolá Jamenei se incluye el poder para cesar al presidente. El líder supremo iraní, como autoridad absoluta, tiene la última palabra en la crisis sobre el dossier nuclear.

Los objetivos del movimiento de oposición están muy centrados en la política interna, pero algunas de sus críticas al actual régimen conectan con la política exterior. Por ejemplo, los reformistas son conscientes del aislamiento internacional que sufre el país y del trasvase de recursos para financiar organizaciones como Hizbulá y Hamas. En plena crisis económica interna –una crisis que se arrastra desde la guerra con Irak pero que se ha visto agravada por las sanciones internacionales y por la recesión global–, prefieren redirigir esos recursos a paliar las necesidades de los desfavorecidos. La situación podría empeorar, ya que Ahmadineyad presiona para recortar los subsidios a los bienes básicos, una medida que acabaría con la lealtad de las clases bajas hacia el presidente ultraconservador.

El bazar es consciente de que la imposición de nuevas sanciones afectará de lleno a la maltrecha economía iraní, de ahí que haya fortalecido su alianza con los reformistas. Hasta ahora, las potencias occidentales han buscado un acuerdo con el actual régimen para desactivar las aspiraciones de Irán a poseer tecnología nuclear –estando dispuestas a pasar por alto la represión a la oposición<sup>8</sup>–, pero esta aspiración entró en vía muerta a finales de 2009. Estados Unidos prepara ya nuevas sanciones, centradas en las importaciones de gasolina<sup>9</sup> y otros derivados del petróleo y las limitaciones al comercio exterior.

A la oposición le preocupa que un acuerdo sobre el dossier atómico permita al régimen tener las manos libres para ejercer toda su violencia contra la “revolución verde”. Si Occidente se sienta a negociar con un régimen que tiene aún sangre fresca en las manos, la línea dura lo presentará como un triunfo interno. Un mensaje que sin duda sembrará la decepción entre la oposición. Pero, al mismo tiempo, si Irán logra hacerse con tecnología nuclear, el régimen de Jamenei logrará apuntalar su poder en la esfera interna. Tras examinar lo ocurrido en el aniversario del 11 de febrero –hacia dos días que Irán había comenzado a enriquecer uranio al 20%–, parece probado que los logros en el terreno nuclear alimentan el músculo del régimen en el interior.

*Si Occidente se sienta a negociar con un régimen que tiene aún sangre fresca en las manos, la línea dura lo presentará como un triunfo interno*

En la mente de Occidente también está la opción de utilizar las nuevas sanciones económicas contra Teherán –como castigo por seguir persiguiendo la fabricación de uranio enriquecido– para precipitar el descontento de la población hacia su régimen. Sin embargo, en este caso hay que señalar que los expertos coinciden en subrayar que la imposición de sanciones nunca ha sido útil a un cambio de régimen (Clawson, 2010; 16). En Irán, no sólo no han logrado dañar los intereses económicos de los allegados al régimen –hasta ahora, la Guardia Revolucionaria y las élites ultraconservadoras han seguido acumulando fortunas e incluso han sacado ventaja del contrabando de productos– sino que han dañado mucho más a aquellos que no son afectos al poder. Más allá, una nueva ola de sanciones dañaría sin duda a la oposición, ya que darían a los ayatolás la excusa para cebarse en la clase media. Claramente, la imposición de sanciones no facilitará un cambio de régimen en Irán, como ya lo demostró la historia en el Irak de Sadam Husein.

<sup>8</sup> En la agenda política de Occidente, la crisis sobre el programa nuclear iraní ocupa un primer plano, eclipsando los derechos humanos y la democracia. Incluso el presidente de Estados Unidos, Barack Obama, no ha puesto a los derechos humanos como tema principal de su agenda con Irán, sino que la atención se centra en detener las aspiraciones iraníes de poseer tecnología atómica y frenar su apoyo a organizaciones como Hamas y Hizbulá.

<sup>9</sup> Irán posee las terceras mayores reservas mundiales de petróleo, sin embargo, debido a su deficitaria industria del refinado, importa el 40% de la gasolina que consume.

## Influencia en la región de la *marea verde*

Las protestas espontáneas de decenas de miles de iraníes en 2009 sientan un poderoso precedente en Oriente Medio. A buen seguro, la actitud de las autoridades y el modo de resolver el conflicto interno tendrán un impacto en Siria, Líbano y los territorios palestinos, donde se asientan grupos y regímenes que son afines al espíritu de la revolución islámica y que cuentan con apoyo militar y financiero de Teherán. Formaciones como la guerrilla chií Hizbulá en el Líbano o el movimiento islamista (suni) Hamas en la Franja de Gaza observan de cerca la evolución de la crisis política en Irán para intentar evaluar cómo afectará en su relación.

Además, los regímenes árabes de Oriente Medio se han convertido en testigos mudos de la amplia movilización social iraní. Su gran temor es que las ansias de libertad demostradas por la juventud persa inspiren a los jóvenes árabes que como sus vecinos también quieren abrirse al mundo, liberarse de una élite del poder corrupta y disfrutar de una vida menos oprimida por el rigorismo religioso. Todo ello es válido en los casos de Egipto o Arabia Saudí, dos regímenes muy distintos entre sí y con dinámicas alejadas de las de Irán, pero que comparten un germen de descontento entre la población. En Egipto, como en Irán, el régimen de Hosni Mubarak acusa el desgaste tras tres décadas en el poder. La irrupción de Mohamed el Baradei, ex director del Organismo Internacional de la Energía Atómica y premio Nobel de la Paz, en la arena política ha despertado expectativas de cambio. Baradei impulsó en febrero de 2009 la Asamblea Nacional por el Cambio y la Reforma, junto a intelectuales y políticos de la oposición. Mientras el clima social se enrarece –desde febrero se suceden las manifestaciones de trabajadores frente al Parlamento- los egipcios miran con esperanza las presidenciales de 2011.

También está el *factor chií*. En el Golfo Pérsico encontramos países con una importante población de esta confesión del Islam, lo que les hace más vulnerables e influenciados ante Irán. Es el caso, primero, de Irak, donde la influencia de Teherán –y viceversa– se ha disparado con la caída del dictador Sadam Husein –a quien la República Islámica se enfrentó en la guerra más sangrienta que ha vivido la región en el último siglo– y el auge en el poder de los chiíes. Pese a ser la población mayoritaria de Irak (más del 60%), han estado históricamente marginados de los círculos de poder por los suníes; en los últimos años exhiben músculo. Sin embargo, la escuela del chiísmo que se sigue en Irak –marcada por el gran ayatolá Ali Sistani desde el seminario de Nayaf y que predica el distanciamiento entre política y religión– sirve de contrapunto teórico a los aperturistas iraníes. La credibilidad y legitimidad de Sistani entre los chiíes iraníes no deja de crecer, ganando cada vez más seguidores (Nasr, 2006; p. 71) que lo adoptan como *marja-e-taqlid* (fuente de emulación), empequeñeciendo al mismísimo Jamenei.

*El elemento nuclear también está muy presente en cómo miran todos estos países al poderoso vecino persa, que aspira en convertirse en potencia regional*

Otros vecinos intentan prevenir un resfriado cada vez que la Revolución Islámica estornuda. Yemen, donde la rebelión de los zaidíes (una rama del chiísmo a la que pertenece un tercio de la población) resurgió con fuerza en 2009, es uno de ellos. Otro es Bahrein, emirato donde los chiíes constituyen el 75% de sus habitantes, gobernados por una élite suní. La isla ya vivió una ola de fervor contestatario en 2004, cuando los chiíes se levantaron siguiendo el ejemplo de sus vecinos iraquíes. El ejemplo de los reformistas iraníes podría prender de nuevo la llama. Y también corren peligro Arabia Saudí, con una importante minoría chií del 15%, sobre todo concentrada en la provincia de Qatif, y Kuwait, que también alberga una minoría chií pero que sobre todo es un país donde reformistas e islamistas luchan (en el Parlamento) por imponer su modelo de Estado.

Es obvio, además, que el elemento nuclear también está muy presente en cómo miran todos estos países al poderoso vecino persa, que aspira en convertirse en potencia regional. Sobre todo desde que el primer mandato de Ahmadineyad y la ascensión al poder de los ultraconservadores aumentara la brecha entre chiíes y suníes con su retórica beligerante. Los analistas coinciden en que la dirección tomada por Teherán de rechazar un acuerdo internacional para enriquecer su uranio fuera del país le llevará a continuar su rearme. Además, la reelección de Ahmadineyad y la capacidad de represión demostrada por el régimen coinciden con una mayor agresividad en la política exterior que provocará a su vez la proliferación de armas convencionales y nucleares en los países del entorno. Las petromonarquías del Golfo se sienten particularmente amenazadas ante las pretensiones del expansionismo imperialista de Irán y han procedido ya a reforzar su alianza militar con Estados Unidos. Incluso uno de los pocos *amigos* que Teherán posee en el Golfo, Qatar (con un 12% de chiíes), alberga la mayor base del Pentágono en la región. El otro amigo es Omán, pero el riesgo de contagio es mínimo: el régimen del sultán Qaboos es altamente estable.

Los países musulmanes son muy sensibles y receptivos a las convulsiones sociales de Irán. Durante el último siglo, la antigua Persia ha sido el faro democrático del bloque de naciones islámicas. En la memoria histórica está la revolución constitucional acontecida entre 1905 y 1911, que fue la primera que bañó Asia en un mar de cambios. Ya entonces, una coalición de *intelligentsia*, mercaderes del bazar y clérigos forzaron a la dinastía Qajar a aceptar una constitución que perfilara sus poderes y estableciera el primer Parlamento en Irán. En 1953, una coalición democráticamente elegida dirigida por el primer ministro Mohamed Mossadegh impulsó una democracia constitucional y forzó al último sha de los Pahlavi a huir a Roma —justo antes de que los servicios secretos de Estados Unidos intervinieran para restaurar su poder absoluto, lo que ha sido probablemente uno de los mayores errores de Washington en su relación con Irán—.

Finalmente, en la última gran revolución que Irán lega a la Historia, en 1979, de nuevo una amalgama formada por clérigos, intelectuales de izquierda y el bazar acaba con 2.500 años de institución monárquica. Los ideólogos de la revolución islámica introdujeron la religión como un concepto político moderno y real y redefinieron el espectro político mundial. Así, volviendo a nuestros días, un levantamiento como el que ha vivido en 2009 Irán no pasará inadvertido a las fuerzas que luchan por un resquicio de libertad y por el reparto de poder en los países vecinos.

## Referencias bibliográficas

Amirah Fernández, H. (2009), "Irán en apuros", en *Política Exterior*, nº 131, septiembre/octubre. Disponible en: <http://www.politicaexterior.com/2009/08/iran-en-apuros/>

Bozarslan, Hamit (2009), *Una historia de la violencia en Oriente Medio. Del fin del Imperio Otomano a Al Qaeda*. Barcelona. Ediciones Península. "El imposible terror en Irán", pp. 253-255.

Bozorgmehr, N. y Khalaf, R. (2009), "Iran: The enemy within", en *Financial Times*, 11 de diciembre.

Bozorgmehr, N. (2010), "Early exit for Ahmadi-Nejad predicted", en *Financial Times*, 27 de enero.

Chatham House (2009), "Preliminary analysis of the voting figures in Iran's 2009 presidential election", 21 de junio. Disponible en: [www.chathamhouse.org.uk](http://www.chathamhouse.org.uk)

Clawson, Patrick (2010), "Much traction from measured steps. The Iranian opposition, the nuclear issue and the West", *Policy Focus* nº 100, enero. The Washington Institute for Near East Policy. Disponible en PDF en: [www.washingtoninstitute.org](http://www.washingtoninstitute.org)

Ganji, Akbar (2008), "The latter-day Sultan. Power and Politics in Iran", en *Foreign Affairs*, noviembre/diciembre.

Ganji, Akbar (2009), "Rise of the Sultans", en *Foreign Affairs*, 24 de junio. Disponible en: <http://www.foreignaffairs.com/articles/65137/akbar-ganji/rise-of-the-sultans>

Jatami, S. M. (2008), *Del mundo de la ciudad a la ciudad del mundo*. Barcelona. El Cobre.

Khosrokhavar, F. (2010), "A Téhéran, le pouvoir de Mahmoud Ahmadinejad est en sursis", en *Le Monde*, 1 de enero.

Kull, Steven (2009), "Is Iran pre-revolutionary?", en *OpenDemocracy*, 23 de noviembre. Disponible en: [www.opendemocracy.net](http://www.opendemocracy.net)

Meneses, R. (2009a), "¿Tiananmen en Teherán?", en *El Mundo*, 20 de junio.

Meneses, R. (2009b), "Kabul, Teherán y el fraude", en *El Mundo*, 26 de octubre. Disponible en: <http://www.elmundo.es/elmundo/2009/10/26/internacional/1256579371.html>

Meneses, R. (2009c), "El guía espiritual de la oposición iraní", en *El Mundo*, 21 de diciembre. Disponible en: <http://www.elmundo.es/elmundo/2009/12/21/obituarios/1261368009.html>

Meneses, R. (2009d), "Las brasas del descontento", en *El Mundo*, 28 de diciembre.

Merinero, María Jesús (2007), *Resistencia creadora en Irán*. Madrid. Biblioteca Nueva.

Mir-Hosseini, Ziba (2009), "Broken taboos in post election Iran", en Middle East Report Online, 17 de diciembre. Disponible en: <http://www.merip.org/mero/mero121709.html>

Nasr, Vali (2006), *The shia revival. How conflicts within Islam will shape the future*. Nueva York. Norton.

Pletka, D. y Alfoneh, A. (2009), "Iran's hidden revolution", en *The New York Times*, 17 de junio.

Slackman, Michael (2010), "Iran's opposition seeking to end stand-off", en *The New York Times*, 29 de enero.

Taheri, Amir (2009), *The Persian night. Iran under the Khomeinist revolution*. Nueva York. Encounter Books.

*The Economist* (2010), "A supreme leader at bay", 9 de enero.

VV.AA. (2009), "The rise of the Pasdaran. Assessing the domestic roles of Iran's Islamic Revolutionary Guard Corps", RAND National Defense Research Institute. Documento disponible en versión PDF en: [www.rand.org](http://www.rand.org)